

TURRÓ ORTEGA, Guillem 2013, *El valor de superarse. Deporte y humanismo*, Barcelona: Editorial Proteus. ISBN 978-84-15549-85-7, 207 páginas

*El valor de superarse. Deporte y humanismo*, escrito por Guillem Turró Ortega, es el último libro que ha acrecentado la escasa bibliografía que puede encontrarse en castellano en torno a la filosofía del deporte. Aunque surgido en el ámbito de la pedagogía, en el que ha recibido el XXII Premio *ex aequo* Joan Profitós de Ensayo Pedagógico, este texto ha de ser considerado, a todas luces, una obra filosófica. En concreto, de filosofía práctica. En este sentido, el propio autor se posiciona contra la filosofía que se ha convertido en un discurso sin alma (15), en un ejercicio —o juego— teórico en el que los diversos autores compiten a través de sus argumentos para mostrar quién vence, sin importarles la relevancia de las implicaciones prácticas de sus ideas. Por ello, Turró Ortega se propone recuperar la dimensión de la filosofía de la que muchos se han olvidado: enseñar a vivir, formar personas. Es decir, cultivar nuestra humanidad.

El deporte, una de las actividades sociales con más presencia en nuestra realidad social pero también más olvidadas por la Academia (13), será el medio que Turró Ortega utilizará para que la filosofía recupere ese carácter eminentemente práctico y pedagógico. Así, nuestro autor reconoce que no toma el deporte como un fin en sí mismo, sino más bien como un medio para “realizarnos humanamente” (43). Por ello, el objetivo de su obra es “que el lector pueda descubrir la grandeza humanista de la praxis deportiva” (195). El deporte es, por lo tanto, un pretexto para hablar de la vida humana, o más bien, para explorar nuestra condición humana.

En esta tarea de mostrar los lazos entre nuestra naturaleza y el deporte, Turró Ortega afirma que éste es un “hecho social total” (17) y que, como afirmaría el propio Ortega y Gasset, somos un animal deportivo (91-2). Así, el deporte trasciende aquellos límites que lo conforman como una actividad lúdica aparte y coincide en muchos aspectos con otras prácticas sociales que componen nuestra realidad socio-cultural. De este modo, según nuestro autor, estaríamos legitimados a defender que el deporte es un lugar para el desarrollo moral, es decir, tiene una naturaleza pedagógica que no deber ser pasada por alto.

Precisamente, Turró Ortega dedica el capítulo 2 de este libro a explorar de un modo cronológico la evolución de esta concepción pedagógica del deporte. En él muestra que, desde la Antigua Grecia hasta la actualidad, la idea de que el deporte es una escuela de valores ha estado siempre presente, y lo sigue estando en la actualidad, aunque solo sea de modo implícito (40-1). No obstante, advierte que no hemos de engañarnos, como otros muchos hacen, y pensar que “el deporte es una panacea pe-

dagógica” (69). Éste, por sí solo, no es una actividad generadora de valores, sino que debe insertarse dentro del marco de una pedagogía humanística que esté fundada en principios éticos, antropológicos y pedagógicos.

Los capítulos 3 y 4 se ocupan de esbozar esa pedagogía humanística y los principios antropológicos en los que se sustenta. Como se ha adelantado al comienzo de esta reseña, el principal rasgo de esta propuesta pedagógica es el de enseñar a vivir al educando (50). Para ello, nuestro autor descubre ciertas características antropológicas a las que se ha de prestar atención. Por ejemplo, afirma que los seres humanos somos un *homo viator*. Es decir, un ser que siempre tiene en mente nuevas metas, que trata de perfeccionarse y mejorar su situación constantemente; somos seres en proyección. ¿No es éste el carácter del deporte, uno de cuyos lemas es *citius, altius, fortius* (más rápido, más alto, más fuerte)?

El deporte forma parte, pues, de nuestra “verdad existencial” (69). Además, Turró Ortega añade un segundo atributo, pues éste, a su juicio, tiene también influencia en el proceso de socialización. Practicamos deporte con otros, admiramos y tratamos de poner en práctica virtudes de aquellos deportistas que se muestran como excelentes, etc. El capítulo 5, profundizando en esta propuesta de una pedagogía humanística, trata de mostrar cómo el deporte encajaría en ella y en nuestras escuelas. Dada la especificidad de nuestra naturaleza humana analizada en los capítulos anteriores, Turró Ortega insiste en que el deporte debe ponerse al servicio de nuestras necesidades psicológicas, somáticas y sociales, aunque ello implique modificar su naturaleza tal y como la conocemos a día de hoy (99).

A su juicio, el deporte es una actividad demasiado valiosa como para dejarla exclusivamente en manos de unos pocos: deportistas, empresarios y entrenadores (65). La filosofía práctica del deporte ha de tomar aquí el mando y establecer un marco axiológico que saque a relucir la dimensión ético-pedagógica del mismo. Así, nuestro autor propone “esbozar un marco interpretativo y propedéutico para la actuación deportiva” (19). De modo que, desde una ética del deporte particular, podamos “insertar el deporte en una formación dirigida a realizarnos humanamente” (43).

Como ya advertimos, el deporte debe ser modulado atendiendo a nuestra especificidad para que sea una verdadera escuela de valores. Solo si es “bien utilizado” podrá fomentar esos valores que Turró Ortega explicitará en el capítulo 6 de esta obra. Este capítulo es la parte más interesante e innovadora de toda la obra. Muchos autores, sobre todo en el ámbito anglo-americano, han tratado, desde la filosofía y la pedagogía del deporte, de defender el valor pedagógico de esta actividad. Sin embargo, muy pocos lo han hecho con el nivel de concreción que nuestro autor presenta en esta obra. Turró Ortega se atreve incluso a dar una lista de más de 14 valores que se fomentan a través del deporte, y que son esenciales para nuestra realización como personas. Entre ellos encontramos el espíritu competitivo, la voluntad, el coraje, la disciplina, la confianza y la cooperación.

En la realización de esta tarea, la obra de Turró Ortega se convierte en un preciso ejercicio filosófico de definición de valores. Siguiendo a autores clásicos como Spinoza, Nietzsche o Aristóteles, entre otros, aclara la naturaleza de aquellos valores y muestra

cómo nos sirven para lograr el objetivo final que todos tenemos: autorrealizarnos como personas. Con ello, no se limita a mencionar los valores que podemos transmitir a través del deporte, sino que los delimita claramente y los pone en relación con todo aquello que había analizado a lo largo de los capítulos anteriores: su pedagogía, el objetivo de formar personas, y la utilización del deporte para ello. Éste es el gran mérito de este libro, pues muchos autores en este campo suelen limitarse a mencionar valores que el deporte supuestamente podría potenciar, pero no llevan a cabo la ardua tarea de definirlos, clarificarlos, y mostrar cómo se relacionan con el deporte. Así, Turró Ortega permite ver las formas en que el deporte debe modularse para “ser bien utilizado” y explicita qué valores positivos promover en favor de nuestras vidas y sociedades.

No obstante, la tarea de Turró Ortega queda incompleta. Aunque defiende que debe procederse caso por caso, y deporte por deporte, a la hora de determinar el modo en que cada deporte debe “utilizarse correctamente” para que promueva ciertos valores —pues no todos los deportes sirven para lo mismo; por ejemplo, los deportes individuales poco podrán enseñarnos en cuanto a la cooperación—, sin embargo, solo en una ocasión muestra ejemplos de cómo el deporte ha modulado, en la vida real, el carácter de las personas. Es más, lo hace al final de libro cuando menciona el ejemplo de un equipo de rugby, el Old Christians Rugby Club, que sufrió un accidente de avión y sobrevivió a base de los valores que su deporte les había enseñado (186-7).

Este es uno de los grandes caballos de batalla de estas propuestas pedagógicas del deporte. Pues si muchos han recurrido a estudios psicológicos, históricos y sociológicos, sigue sin quedar nada claro que aquello que aprendemos dentro de la práctica deportiva acabe traspasándose a lo extradeportivo y teniendo influencia en la vida de las personas. Quizás lleve razón el famoso historiador Johan Huizinga en eso de que el deporte es un mundo tan infantil que nada de lo que aprendamos en él puede tener relevancia en la vida social. Como filósofo del deporte empeñado en mostrar su función pedagógica, Turró Ortega tiene que poner todo su esfuerzo en mostrar que el holandés se equivocaba. Por ello, más aún cuando estamos dentro del terreno de la ética aplicada, hace falta algo más que teoría para mostrar cómo el deporte ha enseñado valores, hay que ir a la realidad. A lo largo de toda la obra puede percibirse que, tal y como defiende su autor, el texto “tiene el sabor de la experiencia deportiva” (15). Sin embargo, en este caso el argumento y la posición de Turró Ortega serían mucho más sólidos si añadiera ejemplos reales para complementar las definiciones que presenta de los valores que componen su sistema axiológico.

Continuando con esta lectura más crítica del libro, ha de mencionarse un segundo elemento que se echa en falta. Como se afirmó al comienzo de esta reseña, la bibliografía en castellano en filosofía del deporte es más bien escasa. Sin embargo, sí que es bastante extensa en inglés. De hecho, en Estados Unidos esta disciplina es parte integrante del ámbito académico. Y existe, además, una organización internacional para el estudio de la misma: la International Association of the Philosophy of Sport (IAPS). Si bien la obra de Turró Ortega es riquísima en citas y bibliografía de obras en castellano, realizando además una gran labor interdisciplinar al conectar filosofía, deporte y pedagogía; se echan en falta referencias a los clásicos anglo-americanos de

la filosofía del deporte y, sobre todo, a los debates típicos dentro de ella. Por ejemplo, Turró Ortega trata problemas que pertenecen a discusiones normativas clave como la de las fronteras entre internalismo y externalismo, o la naturaleza trivial de la actividad deportiva. Ha corrido mucha tinta en relación a estas cuestiones, y este libro posee elementos teóricos de sobra para participar en estos debates y aportar algo nuevo y original. Sin embargo, nuestro autor los ha pasado por alto.

Estas dos puntualizaciones críticas son también una invitación para que Turró Ortega trate de ir más allá de esta obra en su estudio de la cuestión. Tanto haciendo acopio de casos concretos que ilustren adecuadamente aquello que ha quedado bien delimitado en la teoría; como involucrándose en los debates internacionales en torno a los problemas que tanto le preocupan. De hecho, como él mismo advierte, este libro no ha pretendido entrar de lleno en todos los debates que toca, sino “tratarlos tangencialmente” (17). Por lo tanto, esta obra ha de ser tomada como el comienzo de un proyecto ilusionante, pero para nada utópico, que puede inspirar a profesionales de muchos ámbitos, no solo filósofos y pedagogos, sino también profesionales del deporte que descubran que otras formas de practicar deporte son posibles y necesarias con el fin de que nuestro mundo sea más humano. Una tarea que solo podemos conseguir entre todos los ciudadanos a través de las actividades sociales e instituciones de las que formamos parte.

FRANCISCO JAVIER LÓPEZ FRÍAS  
*Universitat de València*